

REVISTA LATINOAMERICANA DE ECONOMÍA

PROBLEMAS DE DESARROLLO

Vol. XXV

abril-junio 1994

OPINIONES Y COMENTARIOS

DEMOCRACIA Y ECONOMÍA: MÉXICO EN LA ENCRUCIJADA

*Alonso Aguilar Monteverde**Juan Arancibia**Víctor M. Figueroa**Leopoldo Zea*

ENSAYOS Y ARTÍCULOS

Janet M. Tanski y Albert A. Blum: México: ¿un modelo para países en desarrollo?*Raúl Delgado Wise:* Hacia una interpretación de la nacionalización de la industria petrolera mexicana*Isaac F. Palacios S.:* La encrucijada de las empresas petroleras estatales en América Latina*Claudio Katz:* Controversias sobre el cambio tecnológico*José Miguel Candía:* Gestión pública y mercado de trabajo*Patricia Olave:* Chile: razones de la excepcionalidad económica*Saúl Osorio Paz:* América Latina: deuda externa y reuniones cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno

TESTIMONIOS

*Alejandro Angulo Carrera**Sergio Suárez Guevara*

LIBROS



DEMOCRACIA Y ECONOMÍA:
MÉXICO EN LA ENCRUCIJADA

Economía y Democracia

Alonso Aguilar Monteverde*

Hoy día se habla, cada vez más, de democracia. A menudo incluso se sugiere que si logramos que la vida social sea genuinamente democrática, resolveremos los más graves problemas. Pero al menos dos cosas no quedan claras: por una parte qué se entiende por democracia y, por la otra qué relación hay o debiera haber entre ella y otras condiciones del progreso. *Problemas del Desarrollo* nos ha invitado esta vez a opinar acerca de la relación entre Economía y Democracia, y ojalá ello nos ayude a ver con mayor claridad tanto el papel y la significación de ambas como la medida y la manera en que, en su caso, se vincula una a la otra.

El término democracia alude y tradicionalmente se asocia al gobierno o poder del pueblo. Usualmente, sin embargo, inclusive remite tan sólo a una forma de organización política y aun a un mero régimen electoral, si bien se trata de una compleja categoría histórica cuyo alcance es mayor y no fácil de establecer. Y, a decir verdad, tampoco es fácil precisar dónde empieza y termina la economía, razón por la cual podría decirse que la relación entre economía y democracia enlaza, a menudo indirectamente, dos fenómenos de distinta naturaleza, no se da de manera regular ni menos uniforme, no se expresa en formas prestablecidas ni se desenvuelve por cauces determinados y bien definidos que, pese a la complejidad

* Ex investigador y fundador del Seminario Teoría del Desarrollo del IIEC-UNAM.

del proceso social uno pueda situar con precisión y aun recorrer sin dificultad.

E incluso no faltan los planteos unilaterales que, en vez de interesarse en descubrir lo que caracteriza la relación entre ambas, subrayan parcialmente la importancia de uno u otra y, cayendo en cierto mecanicismo ora economicista ora democratista, suponen que si hay una economía sana habrá democracia, y si ésta se da en realidad, habrá desarrollo económico. Más las cosas en la práctica, desafortunadamente, no son así de sencillas.

Subdesarrollo y democracia

Una economía subdesarrollada limita, sin duda, el ámbito de la libertad, el margen de opción, la posibilidad de hacer múltiples cosas, y, por tanto, la democracia. Salvo en momentos excepcionales en que por ejemplo cae un régimen colonial y conquista un país su independencia política, o cuando un proceso revolucionario rompe un viejo orden de cosas y hace posible el ejercicio y el disfrute de derechos y libertades antes inexistentes o muy limitados, el subdesarrollo se expresa, entre otras formas, en un bajo y desigual desenvolvimiento de las fuerzas productivas, en una débil base científica y tecnológica, en una inequitativa distribución de la riqueza, en bajos niveles de productividad y de ingreso global y sobre todo por habitante, en la pobreza y aun dramática miseria de millones de personas, en deficientes servicios de salud, educación, vivienda, recreación y en general de todo aquello que se requiere para un nivel de vida digno, y en regímenes sociales y políticos en los que la organización institucional suele ser muy endeble, el Estado carece de una base social suficientemente amplia, los gobiernos son a menudo burocráticos, autoritarios y aun represivos, la sociedad civil es débil y está en gran medida no organizada y dispersa, y en los que no es fácil ejercer aun los derechos individuales básicos reconocidos desde hace más de dos siglos como componentes necesarios de la democracia.

Y si incluso el ejercicio de derechos individuales podríamos decir clásicos —como la libertad de cultos, de expresión, de prensa, de asociación, de protesta— resulta difícil, el de los derechos sociales y económicos propios de las sociedades más desarrolladas de

nuestro tiempo, lo es mucho más; y bajo las condiciones existentes se antoja, a veces, imposible.

Es tal el contraste y tan profunda la contradicción entre lo que se dice y lo que se hace, entre los preceptos formales y la realidad, que, reparando sólo en los primeros alguien podría pensar que en México y en general los países latinoamericanos, como suele decirse en la OEA y por los altos funcionarios gubernamentales, gozamos de democracia; pero de una democracia —habría que aclarar— a medias, de palabra, formalista, que está en efecto consagrada en la ley, aunque con frecuencia no rige en la práctica.

El caso de México es ilustrativo. Nuestro país no es, desde luego, de los más atrasados. Pese a todo, incluso podríamos decir que es de los más avanzados de Latinoamérica y del llamado tercer mundo, y que nuestra historia moderna ha sido en gran parte una lucha por la democracia y la libertad.

Nuestra Constitución Política es democrática, aunque las minorías afectadas por ella han logrado reformarla y parcharla en beneficio de sus intereses. Pues bien, aunque esa Constitución eleva la democracia al rango de un sistema de vida que supone el constante mejoramiento de las condiciones materiales y culturales de la población, a la que otorga derechos y garantías individuales y sociales, o sea, medios para asegurar su libertad y bienestar, lo cierto es que la brecha que separa a la realidad de las formas legales es cada vez mayor. La contradicción entre la ley y los hechos es tan grande como la que hay entre el derecho al trabajo y el desempleo y subempleo, entre el derecho a un salario remunerador y la creciente insuficiencia de éste para satisfacer las necesidades mínimas de una familia, entre el derecho a la libre expresión de las ideas y la imposibilidad de hacerlo, porque los medios de comunicación suelen ser verdaderos monopolios —como Televisa— cerrados a la mayoría de la gente; entre el derecho a votar y a que el voto se respete, y la práctica de la imposición desde arriba, en la que el presidente de la República decide arbitrariamente quién de sus amigos y colaboradores cercanos será su sucesor; entre el derecho de huelga y la tendencia a ver a ésta como si fuera un delito, y entre el derecho a vivir en paz, en un ambiente sano y gozando del respeto de los demás, y la realidad de la violencia, la inseguridad, la contaminación y la violación incluso de derechos esenciales.

Todo lo cual comprueba que vivimos ante dos mundos diferentes: el de las palabras y el de los hechos, el de la retórica y

el de la realidad. Y, lejos de que avancemos en la solución de tales problemas, la verdad es que la política hoy en boga nos aleja de esa posibilidad.

Neoliberalismo y democracia

Quienes defienden la conservadora política —curiosamente conocida como neoliberal— que se aplica en nuestros países y concretamente en México, aseguran que realizados los ajustes necesarios y estando ya muy avanzada la reestructuración económica, de hecho hemos llegado al momento en que lograremos un crecimiento rápido y estable que asegure el bienestar de la mayoría.

Los hechos, empero, no les dan la razón. Lo cierto es que la tasa de crecimiento económico es de apenas 2.8% en 1993 y de 0.4% en 1994; la tasa de inversión bruta incluso ha caído a menos de 18% del PIB y está todavía muy lejos del 25% —que ahora sería insuficiente— a que llegó bajo el auge petrolero de fines de los años ochenta, y la del ahorro interno, fundamental para un desarrollo independiente, es mínima. El ingreso real y sobre todo los salarios de la mayoría están muy por debajo de los de hace 15 años; el desempleo ha alcanzado cifras sin precedente; la deuda externa, después de disminuir levemente, supera de nuevo los 110 mil millones de dólares y es la más cuantiosa de nuestra historia; el desequilibrio de la cuenta corriente de la balanza de pagos es enorme, superior ya a los 21 mil millones de dólares de 1992; la infraestructura de servicios básicos se ha rezagado, la miseria se ha extendido como nunca antes, la dependencia del país respecto sobre todo a los Estados Unidos se ha acentuado, con la visible lesión de nuestra soberanía, y la inseguridad y la violencia son graves e inquietantes. Todo lo cual parecería demostrar que el relativo equilibrio macroeconómico logrado en estos años ha sido parcial e insuficiente, incapaz de impulsar un desarrollo autosostenido y, además, profundamente antidemocrático.

En efecto la crisis, de la que no se logra salir, que limita y deforma el uso de los recursos disponibles, es antidemocrática. Los reajustes hechos con un alto costo social y en perjuicio de los más pobres, lo son también. La extrema concentración de la riqueza, los bajos salarios y la diseminación de la pobreza son antidemocráticos. La subordinación a Estados Unidos, la integración

dependiente a ese país y el que incluso la política económica en acción no sea en rigor nuestra porque procede de fuera, del FMI y otros poderosos organismos financieros internacionales, todo ello lesiona nuestra soberanía, y sin ésta no hay democracia, y como la realidad lo está demostrando, tampoco desarrollo. El deterioro de los servicios sociales, y desde luego la modernización neoporfiriana que nos subordina a todo lo extranjero y menosprecia lo nuestro, que propone privatizar no sólo ciertas empresas estatales sino a México mismo, despojando a la nación de lo que es suyo, o sea de todos, sin reparar en que el país no es una sociedad anónima, un casino o el negocio privado de unos cuantos especuladores e inversionistas extranjeros, son políticas antidemocráticas. Resulta no sólo inaceptable sino peligroso que se lleven las cosas al extremo de creer que la empresa privada, aun extranjera, es la condición de la estabilidad y el guardián por excelencia del interés público; que la defensa de los intereses fundamentales de la nación se deje al mito del mercado libre, y que en nombre de esa "libertad" vayamos incluso a la servidumbre. Todo lo cual revela que el dogmatismo, o sea el proceder a partir de fórmulas ideológicas rígidas divorciadas de la realidad y que menosprecian y aun ignoran el papel del hombre en los procesos sociales, aparte de ser erróneo, atenta también contra la democracia.

Necesidad de un cambio

¿Y por qué no se pone en ejecución otra política económica? Porque en las condiciones actuales ello no es fácil y aun posible, y porque lo que se requiere es mucho más que una política económica. Lo que se necesita hoy en México es un cambio profundo, una transformación democrática que haga posible una estrategia de desarrollo diferente, que permita superar los obstáculos internos e internacionales, económicos, sociales, políticos y culturales que impiden que la economía crezca con cierta estabilidad a partir fundamentalmente de un mercado interno en expansión, y que el ingreso se reparta en forma menos inequitativa.

Quienes aseguran que el cambio ya se ha dado y que otro más sería inviable, olvidan que si bien la situación de hoy no es la de antes, el saldo es insatisfactorio y en muchos aspectos negativo, y que si bien quienes están en el poder no apoyarán cambios que

no les benefician, otras fuerzas, en realidad mayoritarias, son las que en adelante pueden sentar las bases de un desarrollo que responda a las necesidades y aspiraciones de nuestro pueblo.

Política y Democracia

La democracia no es hoy tan sólo un fin; es también un medio para lograr una sociedad mejor. Una nueva estrategia de desarrollo contribuiría, seguramente, a fortalecer la economía y a enriquecer la vida democrática. Pero esa estrategia sólo es posible, a partir de un gobierno diferente que en verdad se apoye en una amplia constelación de fuerzas y represente a la mayoría de la población.

En México habrá una elección presidencial el 21 de agosto. Pues bien, de lo que en ella acontezca depende que el cambio de que hablamos sea o no posible. Si triunfa el candidato del Gobierno las cosas seguirán como hasta aquí; prevalecerá el interés de la minoría rica, nacional y extranjera, se extenderá la pobreza de la mayoría, se acentuará la dependencia y nuestros grandes problemas seguirán sin resolverse, acaso en un ambiente de cada vez mayor inestabilidad, inseguridad y violencia. Si triunfa el PAN, o sea la derecha tradicional, tampoco cambiarán las cosas en beneficio del pueblo. Muchos panistas son hoy salinistas, y debido a su hostilidad de siempre hacia los postulados de la Revolución Mexicana, con ellos incluso hay el peligro de retroceder hacia un neoporfirismo más anacrónico, opresivo y extranjerizante. Si triunfa Cuauhtémoc Cárdenas al frente de amplio y heterogénico movimiento ciudadano, si bien no cambiará la situación mágicamente, se abrirá la posibilidad de que, en una lucha desde luego nada fácil, se replanteen cuestiones fundamentales y empiece a transitar hacia la democracia y hacia un desarrollo nacional.

Aun una elección limpia, democrática y confiable no hará milagros; pero a estas horas es el requisito para que empiece a gestarse el cambio del cual dependen hoy el desarrollo, la democracia, cierta independencia de la que ya carecemos y el que la gente viva en condiciones menos duras que las actuales. De poco o nada servirá que incluso a partir de razonamientos formalmente lógicos y aun acercándonos a la dialéctica real del proceso social, interrelacionemos ciertas variables en abstracto, sin reparar en que eso sería sólo un ejercicio intelectual irrelevante, de "estática animada".

Lo decisivo a estas horas es un cambio; sin él no habrá verdadero progreso. Ese cambio no es fácil, pero por fortuna tampoco es imposible. Se trata de un cambio —es preciso entenderlo— propiamente político, lo que en otras palabras significa que la relación economía-democracia tiene hoy una mediación que es la acción política. De la forma y la eficacia con que ésta se despliegue, dependerá que a México lo siga gobernando una minoría conservadora, que cree en realidad que la solución a nuestros problemas —para ella en gran parte financiero-tecnocrática— vendrá de fuera, o una mayoría verdaderamente amplia, plural, heterogénea pero mucho más representativa de lo que hoy es México, y capaz de abrir nuevos cauces, de movilizar y aprovechar mejor el no despreciable potencial de recursos a nuestro alcance y de insertar al país en una cambiante comunidad económica y política internacional, no de manera subordinada y a la zaga del capital transnacional, sino en las mejores condiciones posibles que permita una negociación bilateral y multilateral inteligente y resuelta.